

LA HISTORIA DE HARÚN AL-RASHID

NARRADA POR MOHAMMED KANDOUCI (1925-2008).
GRABADA, TRANSCRITA Y TRADUCIDA DEL ÁRABE AL ESPAÑOL POR
LAREDJ KANDOUCI, PROFESOR DEL
INSTITUTO DE TRADUCCIÓN E INTERPRETACIÓN DE LA
UNIVERSIDAD DE ARGEL-2

NOTA PRELIMINAR

Mohammed Kandouci nació en la localidad de Beniane, cerca de la ciudad de Saïda, en Argelia, el día 8 de mayo de 1925. Cuando era muy joven perdió a su padre, y no tuvo la oportunidad de ir jamás a la escuela, por la sencilla razón de que vivía en las afueras del pueblo. Trabajó durante toda su vida como cargador y descargador de sacos de cereales. Gentil, humilde, generoso, piadoso, era apreciado por todo el mundo. Falleció en la ciudad de Saïda el 21 de marzo del 2008.

Sabio conocedor de la tradición oral de su región, le gustaba contar sus relatos a sus hijos, nietos y sobrinos nietos, y repetir fórmulas de iniciación y de conclusión que eran las mismas siempre.

La Historia de Harún Al-Rashid se la contó a su sobrino Laredj Kandouci (quien la grabó entonces) en el año 1986.



* * *

Érase que se era. Había albahaca y lirios en el regazo del Profeta, con Él sean la oración y la paz.

Érase una vez un hombre que decidió ir a la Meca. Como poseía siete jarras llenas de oro, las cubrió de una gruesa capa de sal y se las confió a un vecino judío.

Éste le dijo:

—Deja tus jarras y marcha tranquilo, que aquí estarán seguras.

Una noche, mientras la mujer del judío preparaba la cena, ella se dio cuenta de que no había sal en casa. Le anunció entonces a su marido que iba en busca de sal. Él pensó en los bienes del musulmán y le dijo:

—Encontrarás sal en las jarras: coge un poco, compraremos mañana y llenaremos las del musulmán como estaban antes.

—¿Hablas en serio? —añadió ella.

—Sí —contestó.

Entonces fue, metió su mano en una de las jarras y notó que contenía una gran cantidad de oro. Avisó a su marido, quien, sobre la marcha, fue vaciando las jarras y llenándolas de sal.

Tras varios años, el musulmán volvió a su hogar. Se presentó en casa del judío para recuperar sus jarras. Al revisarlas, se dio cuenta de que contenían solo sal.

Fue entonces a quejarse al sultán:

—Majestad, antes de ir a peregrinar, confié siete jarras llenas de oro al judío. Y a mi regreso me las ha devuelto llenas de sal.

El sultán convocó al judío y le preguntó:

—¿Dónde está el oro del musulmán?

—Majestad —respondió—, el musulmán me había confiado solo sal. Aquí está la sal.

Harún Al-Rashid, todavía joven en aquella época, estaba jugando con los niños de su edad. Oyó la discusión que estaba teniendo lugar y propuso actuar con justicia:

—Hagamos venir a dos expertos —dijo. Uno reconocerá la presencia de la sal y el otro la del oro.

Se cumplió entonces lo que pedía. En efecto, el primer experto dijo:

—Arriba estaba cubierta de sal; sin embargo no puedo adivinar lo que contenía en la parte de abajo.

El segundo dijo:

—Abajo estaba repleta de oro; pero no puedo averiguar lo que contenía en la parte de arriba.

Aquel peritaje contentó al Sultán, quien desposeyó al judío y devolvió su riqueza al musulmán. Este último recuperó sus bienes gracias a Harún Al-Rashid.

El tiempo pasaba, y Harún Al-Rashid crecía. Una noche tuvo un sueño: vio siete espigas verdes y siete espigas secas.

Por la mañana, al despertar, fue a ver a un sabio. Le interpretó el sueño para él y le reveló lo siguiente:

—En tu vida conocerás siete años de miseria y siete años de riqueza. ¿Quieres, pues, vivir los años amargos en tu juventud? ¿O mejor prefieres dejarlos para más tarde?

Harún Al-Rashid reflexionó durante unos instantes. Y decidió vivir los años de miseria en su juventud. Preparó entonces una mula, llenó su albarda de piezas de oro, cogió los alimentos necesarios y se marchó.

Viajó de una ciudad a otra sin cesar. Una mañana decidió hacer un alto cerca de una fuente y pensó:

—Aquí me lavaré, beberé y haré que mi mula abreve.

Apenas había dado la bestia dos o tres pasos cuando cayó por un barranco con toda la carga que llevaba. El buen hombre se vio súbitamente reducido a la pobreza.

Al llegar a una ciudad vecina observó a un carnicero que vendía despojos. Los compró y puso sobre su cabeza un montón de grasa a modo de turbante, pues no tenía nada con qué cubrirse.

A continuación comenzó a vagabundear por la ciudad y dejó que se secasen los despojos sobre su cabeza.

Una vez encontró un trabajo en un mesón. A la gente le gustaba la comida que preparaba. Gracias a él hizo el dueño fortuna.

Después se fue a trabajar con un vendedor de churros. Este también preparaba quintales de harina y lo vendía todo. Una ventana del palacio del Sultán daba a una piscina en la que sus hijas se bañaban.

Un día Harún Al-Rashid se desnudó, se quitó las tripas que le cubrían y saltó al agua.

Una de las hijas del Sultán le observó. Se maravilló de que Harún al-Rashid fuese tan hermoso. Tras el baño se vistió, se colocó de nuevo las tripas y volvió a su trabajo.

Las siete hijas del Sultán habían crecido, pero aun así nadie les había propuesto matrimonio. Visitaron a una mujer sabia y le expusieron su problema. Les dijo ella:

—Comprad siete cuchillos y siete manzanas, y dejadlos encima de la mesa donde vuestro padre tiene por costumbre comer.

El Sultán llegó a su casa al mediodía, comió y volvió a su trabajo. La visión de los siete cuchillos y de las siete manzanas le había perturbado. Fue a ver a un sabio, y él le hizo saber que sus hijas tenían ganas de casarse.

Sin demorarse informó el Sultán al pueblo del deseo de sus hijas. Aquéllos que aspirasen a contraer matrimonio con ellas no tenían más que lavarse los turbantes y presentarse en palacio. Seis hijas del Sultán lanzaron seis manzanas a seis varones jóvenes de su elección; sólo quedaba la séptima.

En el pueblo, únicamente el ayudante del churrero faltaba por presentarse. El Sultán se sentía inquieto, y preguntó quién faltaba.

—Señor —le respondió la gente—, sólo queda el ayudante del churrero.

—Hacedlo venir —dijo él. Acaso quiera Alá enriquecerlo.

Cuando el pobre hombre llegó, la hija del Sultán le arrojó su manzana. Él la recogió, la olfateó y la guardó. El Sultán anunció a sus futuros yernos la celebración del matrimonio.

—No —le advirtió Harún Al-Rashid al Sultán. Antes de las bodas, aseguraos de antemano de lo que valen los futuros maridos de vuestras hijas. Fingid que estáis enfermo y pedidles agua del monte Waq-Waq.

Éste, como el pico de un pájaro, se abría y se cerraba continuamente, y nadie en el mundo podía sacar de allí su agua.

El Sultán hizo saber su deseo a sus yernos, y ellos marcharon a cumplir la difícil prueba. Él no cesaba de elogiar a sus seis futuros yernos, sin conceder la menor importancia a Harún Al-Rashid. De modo que le ofreció un caballo flaco. Los otros cobraron ventaja y no cesaban de burlarse de él.

Pasadas unas horas, Harún Al-Rashid hizo girar un anillo mágico que poseía y pidió un caballo blanco y una túnica blanca. Los adelantó en un abrir y cerrar de ojos.

Cuando los otros yernos lo vieron, se dijeron entre sí:

—Ésta es la persona que nos ayudará en nuestra tarea.

Y se dirigieron hacia él.

—¿Qué es lo que queréis? —preguntó él.

—Somos los futuros yernos del Sultán. Está enfermo y nos ha pedido agua del monte Waq-Waq.

—Sería fácil conseguirla, aunque para eso debéis darme los lóbulos de vuestras orejas.

—Ah, eso no es problema —le respondieron—, porque llevamos turbantes que tapan nuestras orejas. Nadie se dará cuenta de nada.

Sacaron un cuchillo, se cortó los lóbulos de las orejas, los ensartó con un hilo y fue a buscar el agua para ellos.

A su vuelta se la pidieron para llevársela al Sultán. Él se quedó detrás de ellos. Cuando se marcharon, volvió a ponerse sus vestidos rotos y los siguió hasta el palacio.

El Sultán se quedó impresionado cuando vio que los futuros maridos de sus hijas habían cumplido una tarea tan difícil. Juntos trasnocharon y se divertieron, mientras Harún Al-Rashid pasaba la noche solo.

Algunos días después solicitó el Sultán una prueba aún más difícil:

—Mis yernos queridos —les dijo—, vamos a celebrar el matrimonio cuando me traigáis la leche de una leona metida en la piel de su cachorro.

Los seis yernos partieron, y el séptimo les siguió como de costumbre, sin que dejasen de burlarse de él. En cuanto se alejaron un poco, hizo girar su anillo y se presentó ante ellos con una túnica roja sobre un caballo rojo.

Se alegraron de verlo, fueron a su encuentro y le pidieron lo que deseaban. Él aceptó otra vez, pero les exigió la punta de los dedos de los pies.

—Cortadlos —le dijeron—; la última vez nos cortasteis los lóbulos y nadie lo ha notado.

Cortó las puntas de los dedos de sus pies, las ensartó junto a los lóbulos de las orejas y las guardó. A continuación hizo girar el anillo y fue en busca de la leche de la leona metida en la piel de su cachorro. Él también se guardó su parte, pero no la mostró. Al final trajo la leche y se la dio a los seis jóvenes.

El Sultán se sintió satisfecho, y sus yernos fueron bien acogidos. Antes de celebrar el matrimonio, el Sultán les pidió una última prueba.

—Esta vez —les dijo—, id a buscar manzanas al vergel de Alia Ben Mansur, que habita más allá de los siete mares.

Se pusieron en marcha. El séptimo yerno iba siempre detrás de ellos. Cuando iban un poco más adelante hizo girar su anillo y se encontró delante de ellos, sobre un caballo azul y portando una túnica azul.

Se dirigieron hacia él y le pidieron las manzanas del huerto de Alia Ben Mansur, quien habitaba más allá de los siete mares. Aceptó, y les pidió a cambio las puntas de sus dedos meñiques.

Ellos le entregaron las puntas de sus dedos meñiques. Las ensartó al lado de los lóbulos y de las puntas de los dedos de los pies. Después hizo girar su anillo y fue en busca de las manzanas. Atravesó los siete mares y llegó a la casa de Alia Ben Mansur. La encontró dormida, y observó que en su cabecera y a sus pies había velas encendidas. Entró en el vergel, cogió siete manzanas y cambió las velas.

Dejó un mensaje indicándole quién era, de dónde venía, y quién era el rey de su país. Fue a reunirse con los demás yernos del Sultán y les entregó las manzanas.

Éstos volvieron al palacio, mientras que él iba siempre detrás. El Sultán se sintió satisfecho de sus yernos. El matrimonio de sus hijas se celebró entre alegrías durante siete días y siete noches.

Mientras tanto llegaron a su fin los seis meses de sueño de Alia Ben Mansur. Ésta se despertó y se dio cuenta de que había un mensaje para ella y de que las velas habían sido cambiadas de sitio. Convocó a sus soldados y decidió atacar el país de Harún Al-Rashid.

Al alba, el muecín llamó a los fieles a la oración, y proclamó que “Dios es el más grande” y acabó diciendo:

—Mucha gente nos ataca.

El Sultán se puso furioso al escuchar aquello. Dispuso que se cortase la cabeza del muecín. Dijo entonces a sus guardias:

—Id a buscarlo.

Una vez ante el Sultán, el buen hombre le dijo:

—Majestad, suba al minarete y vea usted mismo lo que pasa.

Desde lo alto del minarete observó el Sultán que todo estaba negro.

Hizo despertar a sus yernos, a sus soldados y a toda la gente de la ciudad.

Harún Al-Rashid combatió también al enemigo. Su coraje dejaba maravillada a la gente. Pero nadie sabía quién era.

Un día fue herido en la pierna. El Sultán lo observó. Dijo entonces:

—Aquél que lleva una herida en la pierna es el caballero más valiente.

Encomendó a sus hijas que comprobaran si era uno de sus yernos. En medio de la noche se despertó el séptimo yerno y se puso a curar su herida. La hija del Sultán le reconoció.

Cuando llegó la victoria tiempo después, solicitó Harún el-Rashid al Sultán:

—Majestad, pida a sus yernos que le muestren los lóbulos de sus orejas, las puntas de sus dedos meñiques y las puntas de dedos de los pies.

Así lo hizo, pero los jóvenes respondieron:

—Majestad, es que hemos nacido así.

Harún Al-Rashid sacó de su bolsillo el hilo en el que había ensartado los lóbulos, las puntas de los dedos de los pies y las puntas de los dedos de las manos.

El Sultán dispuso entonces que se cortasen las cabezas de sus yernos. Pero Harún Al-Rashid tuvo piedad de ellos y le pidió que los perdonase.

Y, como se trataba de los últimos instantes de miseria que debía vivir en su juventud, decidió volver a su casa. Recogió a su mujer y se marcharon. Por el camino, cuando llegaron a las proximidades de un barranco, dijo a su mujer:




—En este lugar se despeñó mi mula hace algunos años, con todo lo que llevaba.

Observó que había allí un cabello. Lo retiró y, de pronto, su fortuna volvió a aparecer. Alegre, se dijo:

—La huida de la fortuna rompe las cadenas: basta un hilo para que vuelva.


Recogió sus bienes, volvió a su casa y vivió con su mujer.

Esto es lo que hemos aprendido del Señor. Lo hemos contado a nuestros mejores amigos.








ENCUENTROS CON HISPANISTAS
La Embajada de España y el Instituto Cervantes de Argel les invitan a la conferencia de
Laredj Kandouci
"La Historia de Harún Al-Rashid"
el domingo, 23 de septiembre, a las 18:00 horas
en el Salón de Actos del Instituto Cervantes de Argel

RENCONTRES AVEC LES HISPANISTES
L'Ambassade d'Espagne et l'Institut Cervantes d'Alger vous invitent à la conférence de
Laredj Kandouci
"L'Histoire de Haroun Al-Rachid"
le dimanche, 23 septembre, à 18h00
à la Salle des Actes de l'Institut Cervantes d'Alger



**Don Alfonso de Castela
re Toledo de Leon
Rey de Aragon y Sicilia**

**Esta es la primera cantiga de loo de
lanta para ementando os .vii. gofos
que ouue de seu fello.**

Cartel anunciador de la conferencia que tuvo lugar el domingo 23 de septiembre de 2018 en el Instituto Cervantes de Argel, sobre el texto reproducido en la presente publicación